rior y es hoy la reparación pública del Gobierno de 1857, tan vilipendiado y aun escarnecido, y que la Providencia quiso que fuese justificado por la administración que representa al partido que convirtió los rencores y los intereses personales en elementos revolucionarios, y que se apoyó en la calumnia para aspirar al Poder Supremo.

Nadie puede leer en el porvenir; pero en todo caso el Gobierno constitucional quedará libre de responsabilidad, yo habré cumplido con mi deber y nunca sentiré sobre mi conciencia el tratado de 26 de Septiembre de 1859."

***

Tales son los hechos históricos que se cuida muy bien de expresar en su libro el Sr. Bulnes.

El investigador imparcial y justo podrá ver si, en efecto, el tratado Mon-Almonte era ó no patriótico, era ó no perjudicial y traidor al país.

Como el Sr. Bulnes lo juzga á la ligera, sin establecer prueba de ninguna clase, hemos creído oportuno estudiar mejor y más detenidamente el asunto. Los lectores verán si sólo "el odio de partido" hizo el resto y si merecen tenerse en consideración las inexplicables afirmaciones del Sr. Bulnes.

Siempre el mismo é irregular procedimiento de crítica. Como los ciegos de Escocia, que dice el ilustre Taine. Siempre igual. Nunca el historiador y el sociólogo.

JUAREZ

NO PUDO

EVITAR LA INTERVENCION.

En su afán desmedido y único de rastrear por sendas torcidas, con el objeto de tener cargos contra el Benemérito, dice D. Francisco Bulnes que Juárez pudo evitar la intervención (ya veremos cómo) y de tan increíble tesis elabora conclusiones por demás curiosas.

En la historia de todos los pueblos no se puede citar un solo caso en el que dependa de un hombre una conflagración que vienen preparando en el transcurso del tiempo varios factores que dependen de la sociedad ó de la época en que aquel suceso se verifique.

Los emperadores romanos no pudieron evitar la invasión de los bárbaros en el siglo V; los iberos la de los romanos y los cartagineses; los fe-

nicios la de Cartago; los egipcios la de los persas; los godos la de los árabes; los sajones la de los normandos y los pueblos de América la de algún pueblo de Europa.

Ni Arcadio, ni Honorio, ni Viriato, ni D. Rodrigo pudieron impedir esas conflagraciones, como León X no pudo impedir la Reforma, ni Juan sin Tierra la Carta Magna, ni Luis XVI la Revolución.

Hay acontecimientos que sí dependen de la conducta de un hombre, y hay otros que á pesar de las personalidades más conspícuas que los combatan ó contrarresten, se verifican sin remedio, pues paulatinamente se acumulan varios y terribles factores que empujan y determinan, y los cuales son más poderosos que la voluntad, carácter y patriotismo de un hombre.

Así nos lo enseñan las vicisitudes de todos los pueblos en su marcha trabajosa hacia mejores destinos. Así tenemos que aceptarlo, sabiendo lo que influyen en los acontecimientos humanos los elementos que provienen del medio, de la raza, de los pueblos vecinos, de la época, del grado de cultura, etc.

Desconocer esto es querer desconocer por pasión ú otra circunstancia las leyes inflexibles en que se basa la historia.

Raro es, por lo tanto, que un hombre ilustrado como el Sr. Bulnes, establezca. y asiente, y afirme, que Juárez pudo evitar la intervención francesa en nuestro país; inexplicable que el Sr. Bulnes, tan amante de las ciencias positivas, no

quiera analizar los factores que determinan los acontecimientos y crea que pueda existir un hombre providencial que sea capaz de evitarlos, ó domeñarlos, ó nulificarlos. Eso ni es, ni ha sido, ni será posible.

Cierto que nacen hombres superiores que empujan á su medio en determinado sentido; pero cierto también que esos hombres no pueden substraerse totalmente de ese medio y casi siempre son sus víctimas obligadas.

Las causas de la intervención francesa en México son varias y muy bien determinadas. No es una sola ni podría serlo.

El Sr. Bulnes ocupa muchas páginas de su libro en decir que la guerra separatista en los Estados Unidos determinó la intervención. Analiza esto hasta el cansancio, y si lo abandona veinte veces es para volver á tratarlo otras veinte.

Y no dice más sobre las causas de ese acontecimiento, sino para volver al último con la originalísima, estupenda y descomunal idea de que Juárez pudo evitar la intervención comprando á Mr. de Morny, Jefe del Gabinete Imperial, y quien protegía ese movimiento por interés en el negocio de agio del banquero Jecker.

Indudablemente que la guerra separatista de los Estados Unidos influyó mucho hasta determinar la invasión francesa. Napoleón no podía pasar por sobre la doctrina Monroe ni los Estados Unidos permitirlo.

Pero no fué esa la causa única de la Intervención.

Tenemos que mencionar las siguientes: La derrota del partido conservador en la guerra fratricida de los tres años, derrota con la que no quería conformarse y por la cual llegaba hasta la traición, solicitando un gobierno extranjero que, fuerte y con su programa, le diera el triunfo y encaminara á la sociedad en el sentido que le convenía; los esfuerzos que hombres de ese mismo partido habían hecho desde mucho tiempo atrás por la realización de una monarquía extranjera, desconceptuando á los gobiernos establecidos y calumniando las ideas y conducta de la mayoría del pueblo mexicano; el desprecio con que nos veían y lo mal que se nos juzgaba, por las constantes revueltas y agitaciones del país; las ambiciones de los especuladores que habían sabido interesar al Jefe del Gabinete, Mr. de Morny; por último, y muy principalmente, los ensueños de ocupación y conquista de una parte de la República en provecho de Francia y como trofeo y gloria del Emperador de los franceses, disfrazando tales ambiciones con el prurito de contrarrestar la influencia anglo-sajona con una monarquía latina.

Creo que no es necesario insistir mucho sobre este asunto, apoyarlo con textos, ó con la narración menuda de los acontecimientos.

No es verdad, como dice el Sr. Bulnes, que Juárez podía evitar la intervención comprando á Mr. de Morny y haciendo que nuestro ministro de la Fuente desvaneciera los prejuicios é ilustrara á Napoleón, quien, según Bulnes, estaba perfectamente ignorante de los malos manejos diplomáticos.

Sobre esto último, podemos decir que el Sr. Bulnes por poco hace la más calurosa apología de Napoleón III. Lo considera, en general, como un gran político y un gran hombre de Estado, sin que nada en su vida justifique tales aptitudes, pero que nada absolutamente; y en el asunto franco-mexicano, lo absuelve y casi glorifica. También parece mentira que el Sr. Bulnes se extravíe á ese grado.

No; Napoleón el III siempre fué *el pequeño*, aun cuando hubiera triunfado en Italia y en Rusia. "No todo éxito es mérito"—dijo D. Ignacio Altamirano, y tenía razón.

Para que se vea que no son ciertas las afirmaciones del autor de "El Verdadero Juárez," copiamos á continuación lo que dice D. Matías Romero en su nota célebre del 2 de Octubre de 1862 á Mr. Seward, y lo que el gran Favre decía al cuerpo legislativo sobre la expedición á México:

"Si el ministro de negocios extranjeros de S. M. el emperador de los franceses no conocía las reclamaciones francesas según lo asegura, ¿qué calificación merecerá una nación que hace la guerra á otra por obtener el pago de reclamaciones que la potencia agresora declara oficialmente que no sabe ni cuáles son, ni á cuánto ascienden, ni en qué consisten, ni quiénes las poseen y cuándo entre esas reclamaciones se comprende la de un

contrato de agio, celebrado por una persona que no pertenece á la nacionalidad del agresor, contra cuyo negocio se ha rebelado la opinión de todos los hombres honrados, así en Europa como en América, y cuyo contrato declara el agresor que nunca lo ha visto, que puede ser imprudente y hasta reconoce que en tal caso no debe ser apoyado por el? Si, por el contrario, M. Thouvenel conoce las reclamaciones para cuya satisfacción ha enviado el emperador sus armas á México, ¿qué pensar de la moralidad y buena fe del gobierno imperial?

Cuando se examinan atentamente estos extraordinarios y anómalos pormenores, y se ve la resistencia del gobierno francés á mandar instrucciones precisas á sus agentes; el cuidado con que evita toda discusión respecto de sus exigencias, porque son de una naturaleza tal, que no pueden resistir á un examen imparcial; la tenacidad con que rehusa someterlas á juntas liquidatarias, aun compuestas de sólo súbditos de las naciones aliadas ó de empleados franceses solamente; la manera torpe con que los agentes franceses se atribuyen los unos á los otros para dejar sin remedio la facultad de remediar los abusos que se les indican, no por el país á quien querían hacer víctima de ellos, sino por uno de los mismos aliados de Francia, y todo lo demás que se deduce de la precedente relación, no es posible dejar de creer, ó que es demasiado fundada la opinión *que prevalece en Europa*, de que en el negocio Jecker y en las otras reclamaciones francesas, están inmedia-

ta y pecuniariamente interesados personajes que ocupan muy altos puestos en la corte de las Tullerías, y se encuentran muy cerca del trono imperial, ó que la expedición francesa *no tiene ni ha podido tener por objeto el pago de tales reclamaciones*, sino que ellas *han sido sólo el pretexto de que el gobierno imperial se ha valido para encubrir y desarrollar los planes meramente políticos que tiene respecto de México.*

La probabilidad del primero de estos dos extremos se robustece muy considerablemente cuando se tiene presente que al remitir M. de Saligny al gobierno mexicano unas proposiciones que hacía M. Jecker para la amortización de sus bonos, las acompañó con una nota confidencial al ministro de relaciones de la república, en que decía que si el negocio no se arreglaba de la manera que proponía, "acarrearía la ruina del gobierno y de la nación."

A propósito de las reclamaciones francesas había dicho M. Favre en el cuerpo legislativo en su discurso (pág. 965, col 3ª) lo que sigue:

"La Francia había creído primero no estar interesada en esta cuestión, bajo el punto de vista financiero, sino de una manera insignificante.

Sabeis en efecto, señores, y nada se respondió á estas observaciones en la discusión del discurso imperial, que la cifra de los créditos reconocidos por los tratados anteriores es de 750,000 francos; ¡750,000 francos!

"A esto es preciso añadir las reclamaciones

eventuales de nuestros nacionales que podrían llegar á la suma de cuatro millones de francos. Exagerada la cifra si os parece bien.

"Tal era el estado aparente. Ahora, cuando la Francia en la conferencia de los comisarios, quiso dar á conocer cual era la cifra de sus indemnizaciones, habló primero de una suma de 12.000,000 de pesos, cuyo pago exigía sin ninguna especie de exámen, y en segundo lugar, de una suma de 75.000,000 de francos, aplicados á un empréstito Jecker que quería hacer reconocer por el gobierno que instalara.

"Ahora, este préstamo Jecker es una abominable exacción, y Francia, estoy convencido de ello, ha estado sobre este punto como sobre los otros, en un error inconcebible, infinitamente lamentable, pero que es importante disipar á todo trance."

M. Favre refiere en seguida los términos del préstamo Jecker, leyendo fragmentos del despacho de Sir Charles Wyke de 19 de Enero último, que dejo citado, y continúa diciendo:

"Y para completar estas noticias, agrego que la casa de Jecker era una casa suiza que fué arrastrada en la caída de Miramón. Se declaró á Jecker en quiebra: los bonos del tesoro que estaban en sus manos, que no eran mas, vosotros lo comprendéis, que títulos sin valor, han sido vendidos á vil precio. Una sociedad de honrados especuladores los ha vuelto á comprar y ahora quiere servirse de ellos, quiere tocar esos 75 millones. Hé aquí, señores, los créditos que Francia toma bajo su patrocinio.

"¿Y sabeis lo que ha pasado en el exterior? Muchos de entre vosotros no ignorais, sin duda, y si yo lo digo, es para protestar con la autoridad que me dá la alta posición del primer cuerpo de Francia, contra una abominable calumnia que ha corrido por toda Europa. Vosotros habeis podido recibir como yo, un extracto del periódico el *Times*, que desgraciadamente no ha entrado en Francia—porque valdría mucho más que hubiese entrado y que hubiese sido publicado—del periódico el *Times* que dice que esos 75 millones de bonos han sido vueltos á comprar por una sociedad, á la cabeza de la cual se encuentran personajes perfectamente bien conocidos en el Estado.

"Se desdeñan semejantes ataques y no se tiene razón en ello. Se creen suficientemente protegidos por ese sistema de sobrevigilancia exagerada que es la esencia misma de nuestro gobierno, y porque se detiene á la calumnia en la frontera, se le cree del todo sofocada. Parece en verdad que Francia se parece á ese pájaro, que cuando pone la cabeza bajo su ala, cree que no es visto de nadie, y que porque hay oscuridad para él no puede haber luz en otra parte. Desgraciadamente esto no es así; estas calumnias han circulado en Europa, é importa que la palabra del señor ministro las pueda refutar.

"Como quiera que esto sea, ved lo que sucedió: este negocio Jecker, que es una escandalosa

especulación, ha sido presentado al gobierno francés apreciado sin duda como un crédito legítimo y que va á ser un caso de paz ó de guerra.

. . . . . .

"Y bien, señores, es preciso que este negocio se aclare, es preciso que la calumnia de que acabo de hablar reciba un mentís solemne; es preciso que la cámara oiga esta declaración, de la boca del Sr ministro; que solo exigirá el pago de las sumas que han sido realmente desembolsadas; pero que en cuanto á todos esos vergonzozos baturrillos de especuladores que van á causa de las discordias políticas de un país á prestar con condiciones desastrosas á un poder que está en la pendiente de su ruina, Francia se aleje con disgusto, y que si en un instante se ha podido abusar de ella, cuando ha visto la luz no persistía en su error."

Ya se verá que Napoleón no podía ignorar la verdad de los sucesos, que esa es patraña con la que nos quiere sorprender el Sr. Bulnes y la que no encuentra justificación alguna en la historia.

Respecto á que Juárez pudiese evitar el gran conflicto con la compra-venta de Mr. de Morny, diremos que, en primer lugar, Bulnes escribe cuarenta años después y sabe muy bien (aunque á veces parece que todo lo ignora) lo que pasó entonces y lo que después sucedió; y Juárez no podía saber lo imprevisto ni estar al tanto de las mil maquinaciones de la Corte Napoleónica. Sin embargo, y aunque esto no fuera así, nunca es

moral ni justificable que un gobierno que se respeta, entre en tratos indecorosos con un ladrón y le ofrezca más que el producto de su robo para evitar el perjuicio social. Ya que el Sr. Bulnes prevée tanto, ¿por qué no imagina la conducta de los enemigos de Juárez ante aquel arreglo, y cómo juzga que los otros factores se hubieran nulificado ante el contentamiento rapaz de Mr. de Morny?

El remedio, pues, que propone el Sr. Bulnes, es una extravagancia que no convence, que nadie hubiera intentado por lo indecorosa y de mala ley, y sobre todo, por lo inútil en el caso.

¿Qué cargo puede resultar á Juárez por no haber tenido en cuenta esa idea extravagante del Sr. Bulnes? Ninguno. El crítico *art nouveau* podía habernos dicho también: Juárez debió llamar á Saligny, ofrecerle un banquete con buenos vinos y abundante champagne, cederle un millón ó dos en productos de las aduanas, enviarlo á Francia con el bellocino para Morny, y muellemente arrellenado en la silla presidencial, celebrar con repiques y festejos la fiesta de la paz. ¡Cómo no le ocurrió á Juárez esto!

Todo se hubiera arreglado como por obra de encantamiento.

***

Por otra parte, y como se desprende del enérgico discurso pronunciado por Favre en el Cuerpo Legislativo francés, las especulaciones de los